

NOTA SOBRE LA NOVELA *EL SABOR DEL TIEMPO* DE FÉLIX CÓRDOVA ITURREGUI¹

En un mundo saturado de mensajes de texto, *reality* y *talk shows*, ciberespacio, programas de opinión y análisis de politólogos —como es el nuestro— podría plantearse si no es redundante escribir y publicar una novela. Sobre todo una novela a contrapelo con los postulados postmodernos que permean la cotidianidad académica puertorriqueña.

Esa novela —según esos postulados— tendría que considerarse una anti-novela porque, en primer lugar, es una novela escrita de forma inteligible; es decir —¡anacronía de las anacronías!— se entiende. En segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, parece que el autor todavía cree que la comunicación es posible y tercero, cree en el disfrute y gozo de la lectura de un texto narrativo.

La novela *El sabor del tiempo* del Dr. Félix Córdova Iturregui,² podría parecer una apuesta ilusa en el universo de Babel. Sin embargo, la creencia en la posibilidad de la comunicación, en una concepción ética de la vida y de la política, nos conduce a adentrarnos en la vida de unos personajes que todavía creen en poder dotar de dirección a sus vidas y de darle un fundamento ético. Eso, que consideramos tan abstracto, lleva a los personajes a luchar por lo que consideran justo: la igualdad y la libertad; pero, también a luchar contra lo que consideran injusto: la desigualdad, el colonialismo y el racismo que lo acompañan.

Así, encontramos personajes como Graciela, una maestra que tiene vocación y cree firmemente en el poder de la enseñanza y que, peor aún, cree que los alumnos aprenden, como si ella y esa actitud no estuvieran totalmente desacreditados por la modernidad.

Falú tampoco parece haberse enterado de la dialéctica kantiana del amo y el esclavo por lo que en lugar de resignarse, recurre a prácticas contestatarias como la protesta, la rebelión y el desafío abierto al sistema, robándole, como éste le ha robado a él y a su raza.

Por otro lado, Armando, el fotógrafo cree —ilusamente— que el arte es un medio de expresión capaz de capturar la epifanía de la belleza. Julián, el escritor se resiste a creer —al modo barthiano— que el autor ha muerto y que el lenguaje es la entidad todopoderosa que nos utiliza como entes parlantes para manifestarse. Julián pretende ir, nada menos que a la fuente de lo narrable, y

¹ Esta nota se basa en la presentación que se hizo de esta novela el 24 de agosto de 2005 en el Restaurante Café del Puerto en Santurce.

² Córdova Iturregui, Félix. *El sabor del tiempo*. Guaynabo: Alfaguara, 2005.

no se amilana aunque esta pretensión esté abocada al fracaso. Ya que lo que al final de cuentas se erige en la novela es el proceso de intersubjetividades entre los múltiples narradores que entretejen y destejen sus historias en un contrapunto polifónico que es el motor generador de la novela.

Este interés por el arte de narrar en sí mismo, neutraliza los resortes de la fábula tradicional, no hay suspenso, no hay enigmas, secretos ni situaciones ambiguas, o el anzuelo que, por lo general, nos lanza otro tipo de narrativa para asegurarse de que nos quedemos conectados artificialmente a la historia. Esto no quiere decir que la historia no nos atrape, pues la acción fluye inadvertidamente, a través de los intersticios y el autor logra que, como Julián, estemos más interesados en oír el surtidor de la voz, que en armar el rompecabezas de las situaciones.

En el mundo aquí representado, no hay grandes gestos épicos por lo que la gesticulación de los personajes adopta un tono menor de cotidianidad y resistencia. Son personajes que guardan un gran parentesco con aquellos que la voz lírica convoca en el poema "*A construir el día*".

Con un lápiz, con balas, con el beso
de la novia prendido en la camisa,
con el clavel del hijo más oculto, apenas
sueño todavía, y también con la lágrima
que nadie ve posible, hombres y mujeres
como niños y niñas, saldrán a construir
el día. Tomarán el cielo por asalto
y hondísimos caminos alzarán las flores
como una ofrenda al tiempo, al hueso
de la historia. Ante tanta libertad
los relojes se verán con la hora exacta.³

Por eso considero pertinente el incluir otros versos del mismo poemario donde líricamente se expone cuál es la concepción de la memoria que comparten el hablante lírico y los personajes de la novela. Cito de "*Cuando digo memoria*":

Cuando digo memoria no digo guardar cosas.
No hablo de un cofre ni del moho ni de sentarse.
Digo tener presente un viaje hacia las cosas,
hacia el duro cuerpo de la porosa
y densa realidad [...]
Más también es denso y poroso el hombre
que controla su pasado
y comprende que la transformación de hoy
es producto de la condición de ayer [...]
Sin ayer sencillamente no hay futuro

³ Córdova Iturregui, Félix. *Para llenar de días el día*, Río Piedras: Huracán, 1984, p.10.

y sin futuro la memoria es un simple
gusanito muerto
incapaz de subirse a mariposa.
Incapaz de llevar en su ala viva
un rayo espléndido de sol.⁴

Esta conceptualización del tiempo como quehacer humano y no como una categoría vacía en la cual nos instalamos, es la que rige la novela y la marca con un intenso lirismo que proviene, como vemos, de la propia intertextualidad. Acorde con esta visión de mundo, los personajes son optimistas, con el optimismo que dinamiza a los que optan por luchar por un mundo mejor sin dejarse paralizar por el cinismo como coartada. Los jueyes, centro irradiador de la reflexión para los personajes, constituyen el símbolo de ese optimismo dinámico, porque los personajes, aunque como los jueyes, aparentemente caminan hacia atrás, lo hacen para zambullirse en su memoria y conectarse con sus raíces. Por supuesto, esa actitud sería considerada como retrógrada por los que militan en el bando de los oráculos europeos, Deleuze y Guattari, quienes han decretado la obsolescencia de buscar raíces unilineales en un mundo rizomático. Contra ellos y, aun en contra de la sabiduría popular que también decreta que “para atrás ni para coger impulso”, ellos sí adquieren impulso al integrarse a un movimiento que trasciende el individualismo para forjar la solidaridad y la historia común que les han arrebatado.

Por eso, la búsqueda y la historia de amor de Julián, que aparentan ocupar el primer plano, ceden esa posición privilegiada, ya que al intercambiar la función de narrador con los otros personajes y un narrador innominado, en realidad Julián se convierte en un resonador o una medio unidad kardeciana para que las voces convocadas por él puedan manifestarse, dejarse oír, razón por la cual Teófilo lo ha bautizado como el orejón.

De ahí que en la dinámica narrativa Julián, el orejón, cual Virgilio criollo, nos conduce a Teófilo, quien nos conduce a su vez a su abuelo Guzmán; Guzmán contiene en su interior a Falú con su historia y con la de la prostituta Matilde. Las historias, pues, se contienen unas a las otras, como círculos concéntricos, que al girar al unísono se desplazan, contaminan y solapan, entonando una polifonía que se contrapone al impulso solipsista de Julián, quien intenta estructurar el mundo y dirigir la orquesta, sin percatarse de que si sus compañeros, como dice Gabriela, se julianizan, él también experimenta el mismo proceso al teofilizarse. El narrador omnisciente, totalitario, no puede sobrevivir en un mundo que tiene como fundamento la heteroglosia, la polifonía. En el texto no se valida una única voz, una sola versión, pues democráticamente es la suma de todas las voces, que se corrigen mutuamente, lo que de acuerdo con esta perspectiva nos puede acercar a una visión más acorde con el acontecer.

⁴ *Ibíd.*, p. 11.

Otra consecuencia de esto es que en este entretelado narracional no hay clausura posible, como en el epígrafe nos profetizan los versos de T.S. Eliot "What we call the beginning is often the end. And to make an end is to make a beginning". Este mundo que se construye y reproduce como un proceso múltiple y proliferante, no lo hace así por estar de acuerdo con los postulados posmodernos, sino para subrayar la realidad de las interconexiones sociales que hacen imposible la aspiración burguesa a la gesta individual, al aislamiento y distancia que preconiza el intelectual.

En concordancia con esta visión de mundo aquí no hay, pues, ni protagonistas ni personajes secundarios, todos están contruidos de forma tal que cada una de sus trayectorias vitales, por la pasión que los caracteriza, nos interesan de igual manera. Este interés se logra porque cada uno de los narradores estructura y codifica los momentos que él considera definitivos para cristalizar o configurar la persona (y recordemos que en su etimología esto se refiere a la voz o al sonido que se proyecta a través de una máscara). Es decir, para aumentar o hacer más clara la voz que en la interacción humana juega un papel muy importante en la recreación que ejecutamos a través de nuestras palabras, de nuestro archivo de imágenes. Teófilo escoge recrear la herencia de insubordinación de su abuelo y de Falú. Falú rememora los actos de rebelión de su raza y por eso se identifica y comprende el abierto desafío de Matilde ante la hipócrita ciudad de Ponce. Julián capta a Graciela en los momentos en que es capaz de dar sus saltos al vacío, sin la red protectora que Julián interpondría, como intelectual. Al socorrer al hombre herido en la balacera y al ofrendar su cuerpo desnudo para que Armando, el fotógrafo, pueda ponerse en contacto una vez más con la belleza, Graciela manifiesta esta capacidad de entrega, de compromiso y solidaridad con los demás que es lo que les da sabor a todas estas vidas y lo que Julián y nosotros los lectores canibalizamos. Por eso, como se anticipó en el poema, en vez de quedarse como gusanito muerto, la mirada alada como de mariposa de Graciela (34) es el símbolo de todos aquellos, que como ella tienen la capacidad de trascender la casualidad de la individualidad para trabajar y luchar por los demás. Pero estamos, no lo olvidemos, en Puerto Rico y el sabor del tiempo se evoca no a través de la famosa magdalena que le permite a Marcel Proust ir en busca del tiempo perdido, sino que lo paladeamos gracias a las cervezas del cafetín, cervezas que han perdido todo linaje alemán o europeo. En lugar de las tertulias de los grandes salones de la aristocracia parisina, nos encontramos sentados en el cafetín o barra de un barrio clasemediero, Puerto Nuevo. Y aquí y ahora, lo que le da sabor al tiempo son las decisiones y vivencias de los personajes al margen de la historia oficial, personajes que deben construir una imagen de ellos mismos, una persona que los sostenga e integre, a pesar de la preconizada implosión del sujeto posmoderno. Cuando Teófilo "hundía el dedo índice con parsimonia y luego se lo llevaba a los labios. Lo saboreaba y volvía a repetir la acción muy despacio" (20). Sabemos que estamos ante el preámbulo obligado para que se

abra la fuente de la narración. Julián reconoce que su fascinación no es con lo que Teófilo le cuenta, sino con “una resbaladura que me lleva los ojos a ver de otra manera, una saladura que tiene en la voz, una pimienta que logra cambiar el sabor común y corriente de las cosas y de las situaciones” (22).

Ese sabor que Teófilo comparte con su abuelo Guzmán y con Falú es lo que se le revela a Julián en su primer encuentro con Graciela, en quien detecta “la voluntad [...] capaz de imantar el tiempo y el espacio” (34). Aquí no estamos en la postura elegiaca de una clase que evoca un tiempo perdido, sino en la celebración de unas vidas que se dirigen a construir el día, para llenar de días el día. Estos personajes no conciben la vida como una narrativa, sino que para ellos, vivir consiste en tomar las decisiones que los conduzcan a actuar, en contrapunto con la figura distanciada del que observa, del que oye y anota, de Julián el intelectual, el letrado Julián está consciente de eso y acepta su vinculación con aquel otro personaje de Cortázar, el intelectual que en el relato “El perseguidor”⁵ intenta explicar racionalmente lo que el músico de jazz, Charlie Parker logra contactar intuitiva e irracionalmente; por eso pregunta: “¿Por qué ahora, yo, perseguidor de palabras, tengo esta vibrante sensación de que todo se reduce a un juego?” (27). Más adelante admitirá ante Teófilo: “Sé que para ti soy un preguntón y que hay algo de canibalismo en mi conversación contigo. Me comería todos tus recuerdos, devoraría tu memoria, porque siento que de alguna manera hay un compás en tu vida” (37).

Este abismo entre la voz, la letra y la escritura y lo que se intenta representar, sea el concepto de realidad que sea, es lo que Teófilo se encarga de develar ante Julián. “Tú, que dices ser mi amigo, que has vivido tu corta vida obsesionado con la letra, atravesado por ella, sin conocer a fondo los avatares del libro en esta tierra. La letra en esta tierra de maldición y paraíso nació sobre un vacío. No sabes toda la muerte que arrastra la letra por debajo, no conoces su extranjería y la penosa historia de su aclimatación (47). Palabras que dialogan directamente con los versos de Corretjer que nos recuerdan que “La corriente arrastra oro. La corriente está ensangrentada”.⁶ Podemos leer la novela entonces como un acto de introspección de aquella literatura que sí se atreve a decir su nombre aunque simultáneamente, cuestione sus propios fundamentos. Ya en una ocasión anterior al hablar sobre Hostos en su trabajo “*La peregrinación de Bayoán: construcción de un punto de vista*”⁷. Córdova comienza el texto con unas palabras que encierran el núcleo generador de la novela que hoy disfrutamos: “Eugenio María de Hostos fue un hombre obsesionado con la

⁵ Cortázar, Julio. “El Perseguidor”, *Las armas secretas*. Buenos Aires. Sudamericana, 1980.

⁶ Corretjer, Juan Antonio. “Oubao-Moin” *Alabanza en la Torre de Ciales*. San José de Costa Rica: Ediciones del Rep. Amer., 1953, p. 14.

⁷ Córdova Iturregui, Félix. “La peregrinación de Bayoán: construcción de un punto de vista”. *Hostos para hoy*, Anuario Hostosiano, Comité del Sesquicentenario de Eugenio María de Hostos, 1, núm. 1, 1988, p. 89-105.

mirada..."⁸ Julián el escritor, el intelectual, también está obsesionado con la mirada, pero reconoce su condición de creador de meros simulacros, de reproductor de unas luchas que para el letrado constituyen material épico u objeto para la teoría mientras que, para quienes las viven, son el pan nuestro de cada día, actos de supervivencia y resistencia que les hacen experimentar al tiempo como un ingrediente más a consumir en su lucha por sobrevivir, vivencia y no marco abstracto para narrativas o metanarrativas como ahora está de moda decir. Por eso Falú, aunque nunca tuvo la oportunidad de leer y estudiar a Freud como hizo Breton y no escribió los manifiestos surrealistas, se erige ante la conciencia de Teófilo como "...un poeta surrealista, que no escribió poesía ninguna, no porque no supiera escribir, porque sí sabía hacerlo, sino porque no le hacía falta. Falú vivía su vida como si fuera un poema. Sentía en las vísceras la urgencia de provocar acciones que levantarán a los demás de la sordidez en que vivían" (96).

Otra manifestación de este autocuestionamiento lo provoca el poema de Baudelaire:

...en que el poeta perdía su halo caminando por los bulevares de París. Desprovisto del halo, se convertía entonces en un ciudadano cualquiera que se confundía con la masa humana de la gran ciudad moderna. [...] Se sintió ridículo. ¿Cómo era posible leer como una pérdida dolorosa la desaparición del halo de la cabeza del poeta, cuando lo que el poeta presentaba era la imposibilidad de mantenerlo en las nuevas condiciones modernas? El halo caído hacía posible la inmersión del poeta en la vida cotidiana como un ciudadano cualquiera, quitándole precisamente un peso muerto de la cabeza. (65)

Esta cita podría trasladarse al narrador-poeta de la novela cuando renuncia a su transcendencia olímpica y se confunde con los otros narradores.

Nosotros, por nuestra parte, como lectores en un acto de canibalismo, como el mismo Julián ha reconocido, nos alimentamos de vidas ajenas, consumimos con gran fruición esas vivencias ya que el paso del tiempo nunca es más sabroso que cuando lo vemos entretelado por las vidas de personas que no filosofan o teorizan sobre él como concepto, sino que lo consumen como un ingrediente más del banquete que es, con todas sus altas y bajas, la vida. Por lo tanto, no me queda nada más que decir que invitarlos a que saboreen y que les aproveche la novela.

Edith Faría Cancel
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

⁸ *Ibíd.*, p. 89.